

## Un futuro deseable para los mayores del futuro

[Transcripción de la intervención de Fernando Fantova “Un futur desitjable per a las persones grans del demà” en la Jornada con Grupos de Interés Local (Local Stakeholders Workshop) sobre “Care services for older adults and community work in Tarragona” (dentro de la acción COST IS1102 “Social services, welfare state and places”) organizada en la Universitat Rovira i Virgili el 13 de septiembre de 2013

Quiero comenzar agradeciendo la invitación de Blanca Deusdad para dar esta charla, que forma parte de mi proceso de reinserción en la actividad de consultoría independiente, después de cuatro años de responsabilidades políticas en el Gobierno Vasco. Mi intención es hablar durante unos 45 minutos, haciendo algunas reflexiones que, desde mi trayectoria de acción voluntaria, intervención social, gestión de programas, estudio de la política social o responsabilidad pública, me puedo hacer cuando me hacen la propuesta de hablar de la gente mayor.

Yo, particularmente, no he trabajado especialmente de forma directa con el colectivo de la gente mayor. Mi forma de acceder al sector de la intervención social es a través del trabajo con personas con discapacidad, sobre todo con personas con discapacidad intelectual. Pero, ciertamente, en la evolución, en esa trayectoria, me he ido alejando de ese ámbito sectorial o de ese colectivo específico para ocuparme de políticas más amplias y, sobre todo, cuando he estado de viceconsejero y en la puesta en marcha de la Fundación Vasca para la Innovación Sociosanitaria, quizá es cuando más me he enfocado hacia el mundo de las personas mayores, del envejecimiento.

Cuando me planteaba Blanca la preparación de esta jornada, ciertamente, lo que más me apetecía era hacer algunas reflexiones o consideraciones que nacen de una doble fuente, que nacen de la experiencia práctica de intervención y de diseño, aplicación y evaluación de políticas y también de la

interacción con la comunidad científica, de la lectura y la conversación. Voy a intentar poner en cuestión algunos sobreentendidos, algunos lugares comunes, algunas cosas dichas, algunas cosas que se dan por hechas... Me gustaría suscitar algunos debates que muchas veces, a mi entender, pasan desapercibidos, no se abordan...

Por tanto, me apetece contaros cuáles son, para mí, algunas claves o llamadas de atención principales que me pongo delante cuando me planteo la intervención, la política social, la actuación con la gente mayor, ante el envejecimiento... Voy a pensar en voz alta, para textos más estructurados y con referencias más precisas os remito a mi página web, que pronto, espero, tendrá nuevos textos posteriores a 2009 y los que vaya elaborando en esta nueva etapa. Allá vamos.

Yo me acuerdo de que un amigo mío solía empezar sus clases en la universidad el primer día diciendo a los alumnos y alumnas: "que levanten la mano los que sean seculares". Y, normalmente, levantaban la mano una o dos personas... Él aprovechaba esto para hacer una reflexión al respecto. Evidentemente en esa clase todas (o casi todas) las personas eran seculares. Lo que ocurre es que la categoría "secolar" no era significativa para ellas. Muchos no sabían ni lo que significa esa palabra. Alguien es secolar cuando, en un marco institucional y conceptual determinado, se le clasifica como tal. Entonces, usted es secolar porque esta otra persona es sacerdote o religioso o religiosa. Ahora bien, si yo no me coloco en ese marco de referencia, ni soy secolar ni lo dejo de ser. Sencillamente, no estoy en esa película, ¿no?

¿Por qué traigo el ejemplo este de los seculares? Porque esto de ser mayor o no ser mayor, esto de pertenecer a un colectivo poblacional es una cosa muy relativa. Pertenzco a ese colectivo según para qué, según desde donde, según desde qué mirada...

Reconozco, de entrada, que esto de los colectivos especiales en política social es uno de mis *trending topics* (como se dice ahora). Yo suelo poner el ejemplo de lo que pasaba cuando, en los años aquellos del franquismo empezaba el desarrollismo y los españolitos y españolitas empezaban a tener coche. Entonces, básicamente, había dos coches: el SEAT 600 y el SEAT 1500. Me han contado que entonces tú escribías una instancia al Instituto Nacional de Industria y seis meses después te hacían llegar el coche. Detalles aparte, lo que me interesa señalar es que, desde la mirada de quienes fabricaban coches en España en aquella época, básicamente, había dos colectivos: los que se podían pagar un 600 y los que se podían pagar un 1500. Tú pertenecías a uno de esos dos colectivos, o en su defecto, al tercer colectivo, que era el que no se podía pagar ningún coche (y, por ejemplo, iba en *scooter*). La mirada que construiría los colectivos era la mirada del fabricante de coches.

Hoy en día el señor ingeniero o la señora directiva de Toyota te da un cuestionario, a través de su comercial, con unos 100 ítems y tú marcas 100 cosas distintas que tú quieres de tu coche. Y en un par de días tienes ese coche hecho, hasta cierto punto, a tu medida. Claro, a mí me pone de los nervios que la industria del automóvil, que hace sesenta o setenta años segmentaba a su población destinataria en dos o tres grupos en función de la renta disponible, ha evolucionado y ahora hace una microsegmentación prácticamente personalizada de la clientela (de tal manera que la gente casi se hace su propio coche) y, encima, tiene la capacidad tecnológica, estructural, para servir el coche no en seis meses, como antes, sino en dos días. Sin embargo, si me permitís, los de la intervención y las políticas sociales seguimos hablando de los mayores, las mujeres, los niños, los gitanos, los discapacitados... Es decir, seguimos mirando la realidad como si la gente, de por sí, perteneciera a colectivos o perteneciera a sectores poblacionales que deben ser tenidos en cuenta en las políticas y en las intervenciones.

Yo quiero poner esto en cuestión. ¿Por qué? Pues porque considero que, del mismo modo que la industria automovilística evolucionó y descubrió que para

servir mejor, para ser más eficiente, para ganar más dinero (que es su objetivo en este caso), para que funcione mejor su negocio, tenía que entender que cada persona era diferente (pero que todas formaban parte de un ámbito común) y avanzó en su capacidad de identificación de necesidades y de demandas y en su capacidad de responder a estas necesidades y demandas, creo que debemos hacer el esfuerzo de modificar la mirada predominante en el ámbito de la intervención y de las políticas sociales y que, por tanto, hemos de dejar de ver a las personas como miembros de colectivos y empezar a verlas como personas individuales dentro de una familia común que es la humanidad.

Hay una anécdota que suelo recordar en esta lucha mía sin cuartel contra la mirada de los colectivos que es cuando una vez, estábamos en un debate con una persona con responsabilidades políticas en una Administración pública y yo señalé en la conversación que había personas en las que podía darse, a la vez, una situación de dependencia funcional y una situación de exclusión social. Entonces, él me dijo algo así como: “¡Hasta ahí podíamos llegar! O es dependiente o es excluida”. Como él había organizado sus secciones, servicios, negociados y demás de esta manera, esa persona, por decirlo así, “tenía que escoger”. Entonces, claro, la mujer, de 70 años, en situación de dependencia funcional y de exclusión social, no sabe qué hacer. Porque tiene que entrar por alguna de las puertas porque la Administración se ha estructurado así. Creo que me entendéis.

Entonces, la primera reflexión que yo quiero colocar en vuestro ánimo o el primer elemento que quiero proponer para el debate es esta idea de que hoy, todavía, en muchas universidades, en mucha literatura, en muchas reflexiones que hacemos en el ámbito de la intervención y las políticas sociales, seguimos pensando que trabajamos con unos colectivos que a veces se les llama de “colectivos en especial situación de vulnerabilidad”... Yo considero que, hoy día, esto es profundamente pernicioso, por la estigmatización que acarrea a las propias personas, por la incomunicación que mantiene entre los sectores

profesionales que trabajan con cada uno de esos colectivos y por otra serie de razones que irán saliendo.

Por tanto, primera reflexión: procede hablar de la gente mayor, procede pensar que hay un colectivo poblacional que es la gente mayor, pero vamos a intentar deconstruir de alguna manera nuestra mirada, relativizar esa visión de los colectivos, por los efectos negativos o estigmatizantes o bloqueantes o problemáticos que esa mirada y esa forma de intervenir y actuar tiene en la intervención y en las políticas sociales.

A mí me parece que el discurso alternativo puede tener como palabra clave esta palabra de la diversidad. Efectivamente, en la sociedad que tenemos delante, en la sociedad de la que formamos parte se observa una diversidad generacional. ¿Qué quiere decir que hay una diversidad generacional? Pues que hay personas que pertenecen a diferentes generaciones y eso evidentemente alguna importancia tendrá. Algo tendrá que tenerse en cuenta. Algo nos importará que alguien sea menor, adolescente, joven, adulto, mayor...

Pero esta diversidad generacional es una de nuestras diversidades. Nuestra sociedad tiene también diversidad funcional, porque hay personas con diferentes capacidades. La diversidad generacional y la diversidad funcional interactúan de diversas maneras. Es verdad que hay más probabilidad de que tengas una limitación funcional cuanto mayor seas. Pero eso no es automático. Y hay una diversidad de orientación sexual, hay una diversidad sexual (hay hombres y mujeres), hay una diversidad cultural, hay diversidad religiosa. Hay muchas diversidades.

El discurso de la diversidad nos ayuda a comprender la realidad social en lo que tiene, primero, de común. Es decir, la diversidad es precisamente lo característico de la humanidad. No es que hay gente "normal" y luego vienen "los de colectivos". Había una viñeta que decía que si quitamos los mayores, los discapacitados, las mujeres, los niños... ¿cuántos quedan al final?

¿Cuántos varones blancos de mediana edad sin especiales problemas de autonomía o de situación económica?, Realmente éstos sí que son una minoría.

La visión de la diversidad es una visión que relativiza el significado de (o no atribuye un significado determinado a) una u otra característica de las personas. Y, por cierto, yo me peleo con algunas personas con discapacidad que dicen “yo soy una persona con diversidad funcional”. Porque pienso que, precisamente lo que plantea el discurso de la diversidad que, por definición, al haber diversidad, yo no puedo ser más diverso que tú. Si tú y yo somos diferentes, tan diferente soy yo de ti como tú de mí. A mi entender, después de que hemos instaurado el discurso de la diversidad, no podemos hacer como en “Rebelión en la granja” y decir que todos somos diversos, pero unos más diversos que otros.

Entiendo que el discurso de la diversidad intenta señalar que, frente a un concepto de la normalidad y no normalidad (o el ser especial o el ser raro o el ser no sé qué), vamos a entender que hay características diferentes, hay valores diferentes y hay potencialidades diferentes. Aunque también hay que tener cuidado y no llevar las cosas a un extremo. Por ejemplo, a mi modo de ver no es de recibo la opción de algunas (muy pocas) personas con discapacidad auditiva que quieren tener hijos con discapacidad auditiva para que formen parte de la misma minoría cultural de la que ellos forman parte. Lo pongo como un ejemplo de cuando el discurso de la diversidad, a mi modo de ver, se puede llevar a un extremo, al extremo de provocar o de desear en tu descendencia una limitación funcional de no oír para que esa persona forme parte de tu minoría cultural.

Pero, sin llevarlo al extremo, sí creo que tiene potencialidad este discurso de decir: la persona mayor, la persona más joven, la persona que viene de la cultura árabe, la persona que viene de una cultura latinoamericana, la persona que tiene una limitación auditiva, la persona que tiene síndrome de Down, forman parte de ese mosaico de la diversidad humana y seguramente cada uno

somos portadores y cada una somos portadoras de una parte de ese tesoro que es lo común humano. Es más, yo creo que si realmente algo es lo más natural, lo más esencialmente humano, no es justamente la autonomía y la autosuficiencia, sino precisamente la vulnerabilidad y la dependencia. El estado natural del ser humano es de una enorme dependencia. Y es más, lo que nos dice la antropología (no soy antropólogo) es que precisamente por la vulnerabilidad con la que nace el ser humano es por la que se hace lo que es. El cervatillo nace tan autónomo que muy pronto está sólo correteando por los bosques, mientras que es precisamente por esa vulnerabilidad que tiene por la que tiene el ser humano que ser cuidado. Y al ser cuidado, y al tener un prolongado periodo de cuidados sociales, relacionales, comunitarios, eso le hace generar un diálogo, una comunicación, un lenguaje. Por lo tanto, lo que nos construye como lo que somos, como estos animales parlantes que somos, es precisamente esa vulnerabilidad, esa sociabilidad.

Por tanto, frente a un modelo de visión de la jugada de los normales y los raros, un modelo de diversidad con base en la vulnerabilidad. A mí me parece que es una mirada más abarcadora y espero que digamos después que es más fructífera para la intervención y las políticas sociales.

Por tanto, efectivamente, dentro de esta diversidad dinámica de lo que somos como humanos, efectivamente, hay situaciones y procesos de envejecimiento. Como se ha dicho, somos seres en proceso de envejecimiento. Ahora bien, cuando sale un señor encorbatado de 50 años en la ONU y dice que tenemos un problema porque dentro de treinta años habrá no sé cuántos mayores de 75, podemos decirle: "Entre ellos, tú, de modo que tienes una forma de resolver el problema. Ahí mismo, delante de todos, sacas una pistola y te pegas un tiro". Lo que quiero decir es que cada una de nosotras, en lo individual, queremos sobrevivir, pero nos hemos montado una película en la cabeza que hace que cuando lo planteamos colectivamente lo veamos como un problema. ¡No entiendo! ¿Cuál es el problema? Estamos individualmente trabajando para durar, para durar en salud, para durar en felicidad, para durar en relación y, sin

embargo, en la medida en que conseguimos nuestro éxito a nivel individual lo vivimos como un problema colectivo.

No, no, vamos a ver. No es un problema. Es un logro social. Y sobre todo es una oportunidad de desarrollar proyectos de vida más completos y más complejos. Es decir, una sociedad atada al entorno físico duro, con una esperanza de vida de 35 años, es una sociedad donde los proyectos de vida individuales y colectivos se ven mucho más limitados que en una sociedad donde tenemos una serie de necesidades resueltas y cubiertas por el Estado de bienestar, un mercado en el que poder obtener bienes y servicios, unas redes familiares y comunitarias de apoyo y donde podemos pensar en un horizonte de 80 ó de 85 años, donde nuestro proyecto de vida se hace más complejo, se hace más rico, se hace más poderoso.

Por tanto, ¿qué es lo que está ocurriendo? No tenemos un problema. Tenemos un éxito tremendo de tipo social que es el alargamiento de la esperanza de vida. Que cada una de nosotras y cada uno de nosotros, pensando en nuestra vida, podamos pensar en nuevas etapas. El otro día leí un artículo (no sé si lo leísteis pero os lo recomiendo) de Oliver Sacks, en El País, titulado “Al cumplir los 80” ([http://elpais.com/elpais/2013/07/10/opinion/1373457617\\_864305.html](http://elpais.com/elpais/2013/07/10/opinion/1373457617_864305.html)). Era una preciosidad de artículo. Este neurólogo hablaba de lo que él siente con ochenta años y de las oportunidades que para él tiene esa edad frente a los setenta, frente a los sesenta, frente a los cincuenta. Por tanto, ese logro social, ese éxito social, vamos a verlo en positivo. Vamos a deconstruir también todo el discurso negativo sobre el envejecimiento de la población.

Nos pasa muchas veces en la vida: hacemos cosas, formamos parte de procesos que luego vivimos como externos. Yo siempre pongo el mismo ejemplo: cuando uno llama por teléfono y le dice su mujer “estoy en un atasco”. Y digo: no, tú no estás en un atasco, tú eres el atasco. Estarías en un atasco si tú tuvieras que pasar por ahí y el resto se hubiera puesto delante, pero es que tú formas parte del atasco, es decir, no es algo que te ha acontecido desde



fuera. Tú, al tomar la decisión de salir de tu trabajo a esa hora y en ese momento, formas parte de un proceso social que se llama atasco. El atasco, y tú me lo preguntas, el atasco eres tú. No algo que te acontece de fuera.

¡Pues en el envejecimiento pasa lo mismo! Quiero durar, quiero estar bien, hago deporte, como menos grasas... Claro, durarás. Tengo una mejor calidad de vida, una sanidad más potente... Durarás, durarás y duraremos. ¿Qué pasa? El problema no es que duremos más. El problema es que, como sabéis perfectamente, los dispositivos de apoyo, de soporte y de protección que teníamos previstos en un momento determinado ya no sirven en otro momento determinado.

El Estado de bienestar tradicional se trataba de lo siguiente: usted tiene que entrar a trabajar pronto, trabajar muchos años, ponerse pocas veces enfermo, tener una esposa que se encargue de muchas cosas y morirse pronto después de jubilarse. Si usted hace esto, el Estado de bienestar tradicional funcionará. Claro, si resulta que usted que entra a trabajar muy tarde, se pone enfermo más veces, tiene accidentes y sobrevive... Si usted, después de jubilarse, dura veinte, veinticinco, treinta años... Encima, su mujer ya no quiere estar en casa cuidando a los niños, las niñas, los enfermos, las enfermas, las mayores, las mayores y al vecino de la de puerta de atrás... Pues, obviamente, el modelo de bienestar que habíamos montado ya no sirve. Pero no es un problema de que duramos más.

Y sí que es verdad que hay otro problema. Porque es cierto que hemos conseguido mejor alargar el proceso de vida que alargar los años sin limitación funcional. Es decir, ha habido un desajuste en el avance científico-técnico-estructural-organizativo-institucional y la realidad social. Ha habido, dijéramos, más éxito en el alargamiento de la esperanza de vida que en el alargamiento de la esperanza de vida libre de discapacidad. Este es un fenómeno al que tenemos que hacer frente, desde la prevención, desde la atención sanitaria, desde el avance científico, para evitar, anticipar o disminuir la limitación

funcional y a la vez entender que esa limitación funcional forma parte de la vida y que ese alargamiento de la vida, con o sin limitación funcional, forma parte del escenario.

Por tanto, planteamos esta idea del envejecimiento como proceso en el que ya estamos. Del envejecimiento como proceso natural, del alargamiento de la esperanza de vida como elemento positivo y como reto de una sociedad y de un Estado de bienestar que se había organizado, que se había montado sobre la base de un modelo de vida diferente al que ahora tenemos.

A partir de ahí, ¿cómo, desde las políticas públicas, cómo, desde el Estado de bienestar, cómo, desde la intervención y las políticas sociales, abordamos esta realidad? Como os decía, en el modelo de bienestar tradicional, en el modelo del bienestar clásico, lo que hay es una suposición, un supuesto de que el varón sustentador, el varón trabajador, tendrá una vida laboral prolongada y un tiempo posterior a la jubilación reducido. Y lo que hace el Estado de bienestar tradicional es prever una serie de contingencias. La contingencia de la enfermedad, la contingencia de la jubilación, la contingencia de la formación previa y la educación antes de la incorporación al trabajo y eso es lo que articula para, por decirlo así, “la mayoría normal”.

La mayoría normal es ésa, una mayoría normal homogénea con varones sustentadores de largas trayectorias laborales y mujeres cuidadoras todoterreno. En ese modelo, después, se asume que habrá unas minorías, unas pequeñas minorías, que serán objeto de asistencia social, de servicios sociales o de atención social.

Pues bien, lo que nos dice el modelo de visión desde la diversidad que os estaba intentando plantear es que no vale ya esta visión de: clase trabajadora, mujeres como retén de guardia en la comunidad, contingencias previsibles y comunes. No. Ahora tenemos muchas divisorias sociales, muchas divisorias en función de muchas diversidades y sobre todo tenemos un fenómeno que es el

fundamental, que es que la división sexual del trabajo está en vías de desaparición. Y, por tanto, los bienes relacionales, los apoyos gratuitos e invisibles que las mujeres proporcionaban en la comunidad, hay que asumirlos desde hombres y mujeres y hay que estructurar el Estado de bienestar de tal manera que la intervención formal, la intervención profesional, la intervención pública sea compatible y se complemente sinérgicamente con los apoyos familiares y comunitarios.

La visión de que el proceso de envejecimiento puede ir asociado en un porcentaje de ocasiones, sobre todo al final, a situaciones de mayor vulnerabilidad nos ayuda a darnos cuenta de que cada vez hay más masa crítica de personas que necesitan ayuda personal, apoyo social... Es decir, debemos superar una visión de que la atención a la infancia, la enfermedad, mucha parte de la discapacidad y de la gente mayor con limitación funcional se hará por parte de las mujeres en casa y que, por tanto, bastará con establecer unos servicios para algunos colectivos pequeños.

Frente a esa visión, nos damos cuenta de que, por un lado, las mujeres no van a seguir ocupándose de todas esas ayudas en casa y la comunidad. Y, por otro lado, nuestra visión de esos elementos comunes de vulnerabilidad de los que hablábamos nos indica que hay masa crítica. ¿Hay masa crítica para qué? Para que comprendamos que se trata de organizar la vida comunitaria y la intervención social y las políticas públicas de cara a hacer posible una vida comunitaria más inclusiva, más accesible y más amigable para las personas con alguna limitación. Por tanto, frente a un modelo de una intervención social y unos servicios sociales focalizados en colectivos especiales, un modelo de gestión de la diversidad en todas las políticas públicas.

¿Por qué? Porque, como digo, entendemos las diferentes vulnerabilidades y necesidades de apoyo como elementos constitutivos de la estirpe humana y por tanto, entendemos que hay masa crítica en la sociedad para que no podamos entender la atención a la vulnerabilidad o la gestión de la diversidad

como un asunto de unos servicios sociales para colectivos especiales sino como un asunto de todas las políticas públicas y todos los sectores para toda la sociedad, para toda la comunidad.

Por ahí, yo quiero plantear otro de los debates que sería el debate de los servicios sociales como pilar, que se dice ahora, del sistema de bienestar. Mirad: el imaginario que hemos compartido muchas veces de los servicios sociales es que hacíamos de todo con tal de que usted fuera raro. Ese era el modelo. Es decir, la gente normal, de la que hablábamos antes, iba a la escuela, iba a la sanidad, cobraba las pensiones... Como me decía una persona de un sindicato: “antes vendrá un compañero cuarenta veces al sindicato que ir una a los servicios sociales”. ¿Por qué? Porque los servicios sociales eran para los raros, para los especiales, para los no-sé-qué. Los servicios sociales eran el camión escoba. Si usted es normal, si usted forma parte de la mayoría de la población, no irá a los servicios sociales. Por eso, usted sabe dónde está su centro de salud, usted sabe dónde está la escuela de su barrio pero usted no sabe dónde está el servicio social de su barrio. Porque eso es para una gente distinta a usted.

¿Qué está pasando? O ¿qué estamos comprendiendo desde los servicios sociales? Pues estamos comprendiendo dos cosas. En primer lugar, estamos comprendiendo que hacemos muy mal lo que otros hacen bien. Es decir, hacemos mal el tema del absentismo escolar, porque de eso se ocupan mejor los de la escuela. Hacemos mal cuestiones de vivienda porque de eso saben más los de vivienda. Hacemos muy mal los temas de empleo porque ¿qué pintamos nosotros ahí, cuando hay unos servicios de empleo que tendrían que ser para todo el mundo? Hacemos mal los temas sectoriales de los otros porque los hacemos “pobremente para gente pobre” pero no somos especialistas de ello. Pero a la vez que hacemos mal y que descubrimos que hacemos mal (y que no queremos hacer) porque es malo que hagamos lo que tendrían que hacer los otros, estamos descubriendo otra cosa que es muy

interesante: que lo que sabemos hacer bien le interesa a todo el mundo. Es decir, que no solo vale para raros, vale para el vecino del quinto, también.

Yo creo que, con muchas contradicciones, con muchos avances y retrocesos, también por la situación económica y presupuestaria, con muchos dimes y diretes, los servicios sociales estamos descubriendo nuestro Santo Grial. Es decir, estamos descubriendo nuestro objeto de intervención. Estamos en ello. Si cogéis las leyes de servicios sociales de las comunidades autónomas españolas, realmente, todas ellas, lo que establecen como finalidad del sistema, es un absurdo. Es absurdo. Todas ellas hablan de algo que sólo podría conseguir Dios. No digo ya el conjunto del Estado de bienestar, no, sino, directamente Dios. ¿Por qué? Es directamente proporcional la fragilidad de los sistemas de servicios sociales con la ampulosidad de sus fines. Desarrollo integral, bienestar social... Todas las palabras juntas allí en un párrafo.

Algunas igual sois trabajadoras o trabajadores sociales. A veces me meto con los trabajadores y trabajadoras sociales y les digo: una médica o médico ha hecho seis años de carrera, tres o cuatro de especialidad, en un área de conocimiento madura y, después de todo, dice que se ocupa de la salud. De una parte de mi vida que es la salud. Ahora, tú, que eres trabajadora o trabajador social, que has hecho tus tres años de carrera en una disciplina menos potente, tú de ocupas de la globalidad, de toda mi persona. Pero bueno, ¿cómo puede ser eso? ¿Cómo puede ser que una profesión menos poderosa en un sistema menos consolidado se ocupe de toda mi globalidad cuando la profesión más consolidada en un sistema más potente se ocupa de una parte?

Yo os invito a pensar que en los servicios sociales (cuya profesión de referencia central entiendo que es el trabajo social) no nos ocupamos de la globalidad de las personas. Que no nos tenemos de ocupar, en primera instancia, de su vivienda, de su dinero, de su escolaridad... Tenemos que identificar mejor lo que nos interesa. Yo creo y os propongo para el debate, que los servicios sociales se ocupan del ajuste dinámico entre autonomía funcional

e integración relacional. Ese es el negocio nuestro. ¿Cuál es el nivel de autonomía funcional o de dependencia funcional y cuál es su nivel de integración familiar y comunitaria y como ajusta esto? ¿Que usted es una persona, una mujer ejecutiva agresiva muy autónoma con muy poca red familiar? Perfecto, porque de lo que no tiene por red usted lo compensa con autonomía. ¿Que usted es un niño de dos años con muy poca autonomía funcional pero con una familia, papá, mamá, vecinos, vecinas, abuelas y abuelos? Pues perfecto.

Cuando ajustan las dos piezas, autonomía funcional e integración relacional, los servicios sociales no intervienen especialmente. Hacen labor de prevención, pero no están interviniendo. Lo que yo digo es que, por el cambio social del que hablábamos antes, estamos descubriendo que hay un bien valioso que es éste. El ajuste dinámico entre autonomía funcional e integración relacional. No he encontrado todavía, salvo “interacción humana”, una forma más corta de decirlo, pero lo que quiero es que intentemos avanzar en este debate.

Me duelen las muelas: a la sanidad. Mi hija tiene tres años y no sabe leer: a la educación. Lluve y me mojo: a vivienda. Me he quedado en el paro y no tengo un ingreso por trabajo: pues a las políticas de garantías de ingresos por un lado y a los servicios de empleo por otro. Hay un desajuste entre mi autonomía funcional y mi red relacional: pues a los servicios sociales. Claro, esto abre muchos debates. Porque, por ejemplo, si yo tuviera que ir mañana a los servicios sociales y decir “este es mi hijo de dos años y entre su nivel de autonomía funcional y su red de integración relacional hay un desajuste y quiero que ustedes intervengan”, lo viviría como un fracaso personal y familiar. Ahora, si yo voy con mi padre y hago lo mismo, no lo veo como un fracaso personal y familiar. Es un debate.

¿Esto es natural o es cultural? ¿Es natural o es cultural que cuando un niño de dos años no tiene suficiente soporte familiar nos parezca la tragedia del siglo y que cuando eso pasa con una persona de ochenta años nos parezca menos

tragedia? En el fondo, cuando planteo que el bien protegible desde los servicios sociales es el ajuste entre autonomía e integración, lo que estoy diciendo es algo que abre muchos debates a partir de lo que significa que ese bien protegible requiere de una intervención profesional. Sea como fuere, cuando intervenimos profesionalmente, buscamos restaurar ese equilibrio. Lo cual supone potenciar la autonomía y potenciar la integración. Supone interactuar con elementos muy delicados de autonomía personal y moral, de red familiar, de modelos familiares...

Nos abre un camino de muchos debates. Pero por lo menos, a mí, me sirve para decir: este es nuestro negocio. Y si ese es nuestro negocio, tenemos un negocio que le interesa a todo el mundo. Que es la clave estratégica fundamental para la universalización de los servicios sociales. Es decir, no seremos universales hasta que el universo mundo lo entienda y le podamos ofrecer algo valioso. Y le podemos ofrecer algo valioso. Porque cuando la familia de clase alta de muchísimo dinero y patatín y patatán se encuentra con un desajuste en su seno entre autonomía funcional e integración relacional necesita ayuda. Necesita asesoramiento, necesita acompañamiento y necesita intervención. ¡No basta con dinero! ¿Me explico?

Si ahora mismo uno de nosotros tiene un tremendo dolor y va a urgencias y le dicen "mira, te tendríamos que operar de apendicitis, pero no podemos y te damos dinero" no lo entenderíamos. Es decir, el dinero no es el sustituto internacional y universal de todo. El dinero sirve para lo que sirve. Pero la intervención médica sanitaria es la que es. Y la intervención social es la que es. Por tanto, hemos vivido durante mucho tiempo sin objeto claro, haciendo de todo y no haciendo de nada, y sin identificarnos como un pilar. Y, por tanto, somos hasta demasiado transversales. Demasiado defensores de la transversalidad y de la coordinación sociosanitaria, socioeducativa, sociolaboral, pero sin un empoderamiento, si me permitís la expresión, del propio ámbito de los servicios sociales.

Y en este momento, después de año y medio montando una fundación para la innovación sociosanitaria, mi conclusión es que el principal problema para la coordinación sociosanitaria es la debilidad del sistema público de servicios sociales. Es mi diagnóstico. Hay, a mi modo de ver, que fortalecer el sistema público de servicios sociales, fortalecerlo también conceptualmente, y a partir de ahí entrar a políticas transversales entre las diferentes áreas y a políticas intersectoriales.

Y me quedan cinco minutos. Bien. Por tanto, repaso. Primera idea: mayores no como colectivo, sino como proceso de envejecimiento. Visión desde la diversidad, incorporándonos en la película, somos personas en proceso de envejecimiento. Y el debate entre programas focalizados (que pueden existir) y programas universales con gestión de la diversidad. A mi modo de ver, ir más a programas más universales, más personalizados y con mayor gestión de la diversidad. Y ahí, desde, como digo, todas las políticas. Todas las políticas públicas: educación, pensiones, servicios sociales...

Ahora bien, aquí entramos en la penúltima parte de la intervención. ¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo entendemos el papel del apoyo que necesita la persona en situación de cronicidad, de envejecimiento, de vulnerabilidad, de cualquier persona? De ti y de mí cuando necesitamos apoyos. En este país se ha producido, a mi modo de ver, un embrollo conceptual con el famoso tema de los cuidadores. cuidado familiar, cuidado profesional... Yo esto lo suelo explicar con el ejemplo de Pasqual Maragall. El otro día estuve repasando la rueda de prensa que él dio el día que nos contó a todos que tenía Alzheimer. Y me parece que es una bonita metáfora de lo que es el mix de bienestar, de lo que es el conjunto de apoyos que las personas necesitamos. ¿Qué le pasa a Pasqual Maragall? Un señor que ha hecho, como él decía, las olimpiadas y ha sido alcalde y ha sido president y de pronto le dicen: "¿Sabe qué? Tiene usted esta enfermedad, que muy probablemente va a hacer que usted vaya estando cada vez más limitado. Incluso que va a llegar un momento en el que usted no



tenga una autonomía moral para decir quién es usted, qué desea. Bueno, este es su futuro”. Maragall empieza a pensar en su futuro...

(Porque, dicho sea, asterisco, de paso, fíjate si tendríamos negocio los servicios sociales ayudando a la gente a planificar su futuro. Fíjate que nicho de negocio tenemos ahí, que está virgen: planificación de futuros personales. Cierro paréntesis.)

Bien. Maragall va y... Maragall tiene pasta. Tiene tanta pasta que se puede ir a Boston a hacer un segundo diagnóstico. Por tanto, lo que se puede comprar y vender en el mercado, Maragall lo va a tener. ¿Correcto? ¿Necesita un segundo diagnóstico? Pasta encima de la mesa y a Boston. Vale. Primera esfera, el mercado. Pero es que Maragall, ¿dónde da la rueda de prensa? La da en un hospital de la red pública. Maragall dice: “Yo confío en mi Estado de bienestar y en mis derechos sociales. Yo me siento bien, no solo porque tengo un dinero ahorrado que me va a permitir volver a Boston si hace falta. Sino porque tengo una red pública que me está apoyando. Porque el mejor hospital para esto es éste y es público, es el Sant Pau, aquí hay un equipo que lo pagamos todos a escote. Que lo pagamos todos con nuestros impuestos”. Segunda esfera: el Estado.

Pero, claro, Maragall comparece con Diana Garrigosa. Maragall tiene al lado a su esposa. Y tiene ahí a la hija y a Maroto y al de la moto. Es decir, Maragall viene con su red familiar. Claro, os voy a contar una cosa. Estoy absolutamente seguro de que cuando Maragall piensa en su futuro, puede saber que es muy valioso que con el dinero que tiene vaya a poder comprar viajes a Boston y que puede ser muy valiosa la red pública de derechos sociales. Pero es más valioso todavía, seguramente, y en su fuero interno, la confianza que él tiene en que esa persona o esas personas de las que él se fía, cuando su limitación personal le haga ni siquiera saber quién es, van a velar por su dignidad humana, van a velar por su idea, por su imagen personal. Van a velar por él. Maragall dice una cosa muy bonita en la rueda de prensa, dice: “Yo soy un

privilegiado, porque cuando salga a la calle, como la gente me conoce, me van a decir quién soy y me van a ayudar a que no pierda la identidad”. Es decir, esa red comunitaria de Maragall, que en el caso de Maragall llega hasta nosotras, llega a toda la gente de Catalunya. Él se siente dentro de una red humana. Que le va a aportar, por supuesto, su esposa. Ayer, cuando Maragall salió a la Vía Catalana, estoy seguro de que había en torno de él unas personas cuidándole, acompañándole, vigilándole, velando por su identidad humana, por su dignidad, por su patrimonio espiritual. Él es un hombre conocido, es un hombre que tiene un valor en la comunidad, no puede ser que haga una cosa que no sería de su propio gusto si él la hubiera podido concebir.

Pues bien, os voy a dar una mala noticia sobre ese bien tan valioso: es un bien relacional. Por tanto, no se puede comprar en el mercado (es imposible) y no se puede exigir al Estado. No tenemos derecho a eso. O lo construimos en nuestra historia individual o no lo tenemos. Es decir, si no he construido bienes relacionales, si no tengo red relacional, no la puedo comprar en el mercado o reclamar al Estado. ¿Qué pasa? Que, como las chicas nos regalabais todas estas cosas de forma invisible durante toda la vida, no le hemos dado valor. Pero yo voy a poner en valor el bien relacional, el apoyo (que se llama a veces, informal, de forma un poco extraña) de Maragall en su red.

Y hay una cuarta pata, porque Maragall dice: “voy a montar una oenegé, voy a montar una fundación, voy a montar un proyecto que vaya más allá de mi red relacional y os pido que me ayudéis porque vamos a vencer a esta enfermedad”. Es decir, el mundo del tercer sector, el mundo del voluntariado, el mundo de la acción de ese tipo.

Entonces, al final, nuestro bienestar, mi bienestar futuro, como mayor del futuro en posibles incrementos de vulnerabilidad y debilitación, se basa en un mix. Es decir, yo quiero construir un futuro en el cual tenga unas coberturas públicas de garantía universal y de derecho. Si ahorro, y tengo mis dineritos, que me puedan dar algún extra porque tengo un mercado ágil y dinámico que me lo

permite. Pero que no consiga yo o consiga la economía o consiga el Estado destruir mi red relacional, porque esa red relacional puede involucrarse y porque aporta unos valores añadidos que no aportan otras esferas. Y que además tengamos herramientas como asociaciones, cooperativas, mutualidades, fundaciones, que nos permitan también de una forma más allá de nuestra propia red familiar, construir respuestas participativas. A mí me parece que este es el modelo y que la inercia del Estado de bienestar tradicional nos hace hablar mucho de pensiones, de sanidad y de una serie de factores, pero desatendemos otra serie de elementos más relacionales, más comunitarios, más vinculados a una gestión de la diversidad en los servicios sociales que creo que tendríamos que trabajar.

Y termino. Desde luego, hoy tenemos que hablar de la ley de dependencia. Y tenemos que hablar de la ley de servicios sociales. Y de los recortes y de si público o privado, o más público o más privado. De acuerdo. Pero yo quisiera terminar esta intervención diciendo que lo que tenemos delante va mucho más allá de un modelo de gestión e incluso de un modelo de bienestar. Es decir, estamos hablando de un tema de civilización. Estamos en un cambio de paradigma, a mi modo de ver, de contrato social y de contrato humano que tenemos que identificar. No estamos, a mi modo de ver, en que “bah, tenemos una crisis de las finanzas que ya se resolverá y dentro de un año pondremos más presupuesto y volveremos a crecer y a tener más servicios sociales...”. No, no, vamos a ver. Creo yo que hay elementos de este análisis que he intentado hacer que nos indican que, dijéramos, el contrato social entre la clase trabajadora y los capitalistas, el modelo de bienestar tradicional y la mirada social o el concepto de humanidad en el que estábamos involucrados ha llegado a una crisis. Está encontrándose con unos límites.

Y, por tanto, quizás debemos entender que nuestra mirada sobre la vulnerabilidad, el envejecimiento, nuestra vida cotidiana debe identificar esas nuevas fronteras, que quizás nos remiten a la necesidad de un nuevo contrato social. Y de una nueva, vamos a decir, articulación social, como digo, en torno

a la común vulnerabilidad. Frente a una visión de una sociedad estructurada entre clase obrera y clase capitalista y un relato de que vamos a ir creciendo en derechos, en Estado de bienestar (con un diseño más o menos establecido: pensiones, educación...), en servicios sociales... quizá, como digo, debamos comprender que estamos abocados a una nueva frontera.

Una frontera donde ya no sabes dónde termina tu intervención y donde empieza la autonomía moral y la red familiar y, como digo, una mirada social que nos pregunta por qué sujetos van a sostener unas políticas. Se supone que durante todo el proceso de construcción del Estado de bienestar a esa mayoría de hombres trabajadores parecía interesarles tener en común unos derechos sociales y han votado a unos partidos y a unos sindicatos que han construido este modelo. Pero este modelo ha hecho crisis. Ese modelo de la socialdemocracia o de la democracia cristiana, ese modelo de la democracia industrial del Estado de bienestar tradicional ha hecho crisis.

Ha hecho crisis no a nivel micro de una economía concreta sino a un nivel más macro, más civilizatorio. Entonces la pregunta es cómo reconstruimos el contrato social y la visión del humano, no tanto ya desde una visión de la vulnerabilidad como lo raro y lo extraño y lo especial sino de la vulnerabilidad como lo nuestro, lo natural y lo común. Y cómo construir una comunidad y una sociedad protectora y dinámica en torno de esa vulnerabilidad. Creo que la pregunta va más bien por allí y por tanto es una pregunta no tanto o no sólo del modelo de gestión, no sólo de modelo de bienestar, sino casi de contrato social y de proyecto civilizatorio. Esto es lo que hay.